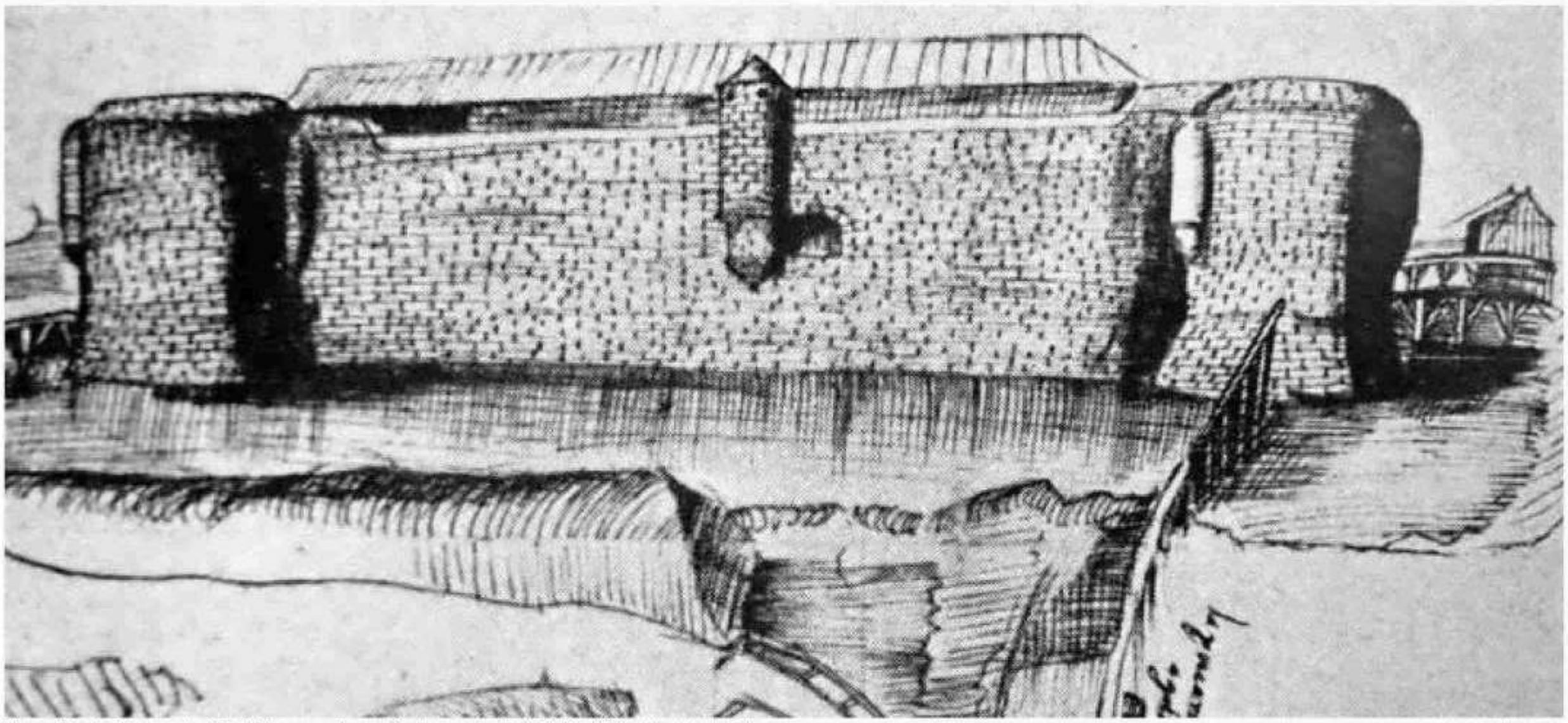

El castillo de Fernando el Católico, según un dibujo que en 1538 hizo el ingeniero Luis Pizarro.

ARCHIVO DE SIMANCAS

TRIBUNA CULTURAL Al hilo de la aparición de varios restos arqueológicos en el solar de los antiguos cines Carlos III, el historiador y archivero cuenta la evolución de este céntrico emplazamiento

Del castillo de Fernando el Católico a los cines Carlos III

Juan José Martinena

HACE unos meses, en la primavera del año pasado, las máquinas redujeron a escombros en poco tiempo el edificio de 1964 en cuyo interior funcionó el Cine Carlos III. En los años 60, recién estrenado, fue todo un referente en nuestra ciudad en lo que a salas de proyección se refiere. Posteriormente, cuando los cines empezaron a sentir los efectos de la crisis, lo reconvirtieron en varias salas más reducidas; pero esta nueva modalidad, que tuvo cierto éxito durante algunos años, también acabó fracasando, y en marzo de 2016, los multicines se vieron obligados a cerrar sus puertas. Dos años después, como era de esperar, se llevó a cabo su derribo.

Pero la historia de ese solar va mucho más atrás, ya que en el mismo y en su entorno inmediato se han sucedido a lo largo de cinco siglos cuatro construcciones muy diferentes, cada una de las cuáles respondía a las necesidades propias de su época. Como escribía Adriana Ollo hace unos días en este periódico, las recientes obras de demolición han sacado a la luz algunos restos del foso del llamado castillo de Santiago, erigido por orden de Fernando el Católico entre los años 1513 y 1525 y parte de la cimentación de un flanco del baluarte de la Reina, derribado en 1920, que estuvo contiguo al desaparecido portal de San Nicolás. Restos que, según ha dispuesto la Institución "Príncipe de Viana", quedarán integrados en la planta sótano del futuro edificio. En este artículo, haremos un recorrido histórico a través del tiempo por todas esas edificaciones, desde el siglo XVI hasta la actualidad.

El desaparecido castillo de Fernando el Católico

En 1513, el año siguiente de la ocupación de Navarra por las huestes del duque de Alba, el rey Fernando el Católico, informado de que Pamplona solo contaba con un pequeño castillo de traza antigua, inútil ya para la defensa de la ciudad, ordenó la construcción de una nueva fortaleza, encomendando el proyecto y la dirección de las obras a Pedro de Malpaso. Este ingeniero la construyó de planta cuadrangular, con fosos llenos de agua, muros en talud, garitas a media cortina y recios torreones cilíndricos en los ángulos, preparada ya para resistir los efectos de la artillería. Las obras dieron comienzo aquel mismo año, obligando a la gente de las aldeas de la cuenca a realizar el acarreo de materiales, porque urgía tener asegurado un territorio recién conquistado y tan próximo a la nueva frontera con Francia. En 1521, tras el cerco de la plaza por las tropas francesas de Asparrós, reforzadas por fuerzas legitimistas agramontesas, el alcaide Miguel de Herrera tuvo que rendir la fortaleza, que según alegó entonces para justificar dicha capitulación, aún no se encontraba en condiciones que permitieran su defensa. Uno de los integrantes de la guarnición castellana, que resultó herido en el asedio, fue el gentilhombre guipuzcoano Iñigo López de Oñaz, más conocido como Ignacio de Loyola, que años después, en 1540, fundaría la Compañía de Jesús.

Pero aquel castillo, que estuvo emplazado donde hoy se hallan el jardín de la Diputación y la iglesia de San Ignacio, se quedó anticuado en menos de cincuenta años, lo que obligó a Felipe II a construir la actual Ciudadela, diseñada por Giacomo Palearo, llamado "El Fratín", cuyas obras empezaron en 1571. En 1585, el Consejo de Guerra informó al rey de la necesidad de mantener en pie el castillo viejo hasta que la nueva fortaleza estuviese terminada; pero la falta de dinero obligó a ir desmochándolo para aprovechar sus materiales en las nuevas murallas. Conocemos el aspecto que tenía gracias a unas trazas delineadas por el ingeniero Luis Pizaño en 1538, que se conservan en el Archivo de Simancas. En 1921, durante las obras de derribo del baluarte de la Reina, del que luego hablaremos, aparecieron los restos de uno de sus torreones.

Baluarte de la Reina y el portal de San Nicolás

El emplazamiento elegido por Fratín para la Ciudadela exigió el trazado de una nueva línea de fortificaciones para conectarla con el resto del recinto amurallado. Dicha línea comprendía dos frentes: uno desde la nueva fortaleza hasta el baluarte de Labrit, en el que estaban comprendidos los nuevos baluartes de San Nicolás, con el portal del mismo nombre, y de la Reina, con el portal de Tejería. Este frente sería demolido en 1920, para la construcción del Segundo Ensanche. El otro frente, que todavía se conserva, aunque con algunas modificaciones, iba de la Ciudadela al mirador de la Taconera, y en él se hallaban el portal de la Taconera, demolido en 1906 y reconstruido en 2002, y los baluartes del mismo nombre y de Gonzaga, cerca del Portal Nuevo.

El baluarte de la Reina, antes llamado de la Tejería, era el más grande de los seis que defendían la plaza. Era de planta pentagonal y al principio se levantó solo de tierra; posteriormente se revistió de mampostería, y por último, a partir de 1660, con piedra de sillería. Las obras terminaron cinco años después, siendo virrey el duque de San Germán. En la cara derecha de este baluarte se mandó colocar una lápida rectangular, en la que hasta su derribo en 1920 se podía leer la siguiente inscripción:

REINANDO PHELIPE IIII/ SIENDO BIRREI CAPITAN GE/ NERAL DESTE REINO I DE GVIPUZCOA/ DON FRANCISCO TVTAVILA, DV/ QVE DE SAN GERMÁN AÑO 1665

Ese mismo año quedó finalizado también el baluarte de la Taconera y con ello se dio por concluido lo más esencial del recinto amurallado, que hasta entonces presentaba un estado muy deficiente. A partir de este momento, la plaza quedó ya en estado de defensa y ya solo se construirían medias lunas, fortines y otras obras exteriores. Y como ya hemos dicho, bajo el terraplén de este baluarte –la tierra de relleno que lo reforzaba por su parte posterior- quedaron enterrados los últimos vestigios del Castillo Viejo, que salieron de nuevo a la luz en 1921, durante el derribo de las murallas.

En 1797 la autoridad militar, tras arduas gestiones, autorizó la construcción de un pequeño acueducto de piedra en el foso, para conducir el agua de Subiza hasta el interior de la ciudad y llevarla a las nuevas fuentes que en 1787 había encargado el Ayuntamiento al pintor madrileño Luis Paret. Hubo que hacer una pequeña abertura en la punta del baluarte, por la que penetraba la conducción, atravesando la muralla, hasta la arqueta o registro que se había construido adosada a la basílica de San Ignacio. El proyecto lo redactó Santos Ángel de Ochandátegui.

Contiguo al baluarte de la Reina estaba el portal de San Nicolás, uno de los seis que se abrían en el recinto amurallado de la plaza fuerte. Su situación era en lo que hoy es la avenida de San Ignacio, a la altura del cruce de ésta con la calle Cortes de Navarra y muy cerca del solar que nos ocupa. Se terminó en 1666, reinando ya Carlos II, niño todavía, y gobernando su madre, la reina doña María Ana de Austria, viuda de Felipe IV. Ese mismo año se concluyó también el de la Taconera, siendo estos dos portales los únicos que contaban con un frontis de cierto valor desde el punto de vista artístico. La traza de uno y otro era muy similar: fachada de sillares almohadillados, arco rebajado central y en el cuerpo superior tres castilletes con el escudo de la Casa de Austria en el central y el del virrey duque de San Germán en los dos laterales. La única diferencia en el diseño de ambos portales, casi gemelos, es que el de San Nicolás completa su decoración con dos juegos de columnas pareadas, uno a cada lado. Encima del arco, al pie del escudo central, luce una lápida con la siguiente inscripción:

REINANDO CARLOS II, GO/ BERNANDO LA REINA, SV MA/ DRE, SIENDO BIRREY I CAPITAN/GENERAL DESTE REYNO Y DE GVIPVZCOA/ DON FRANCISCO TVTAVILA, DVQVE DE/ SAN JERMAN. AÑO 1666

El portal se mantuvo intacto hasta 1906. Un año antes, una Real Orden de Alfonso XIII autorizó su ampliación –y la del de la Taconera y el Portal Nuevo- para facilitar el acceso de vehículos a la ciudad. En este

de San Nicolás, las obras las hizo el contratista Juan Cruz Arteaga y comenzaron el 25 de septiembre de 1906. Hubo que incluir la construcción de un nuevo puente que siguiera la alineación de la avenida de San Ignacio, con lo que el importe final ascendió a 117.403 pesetas. El frontis se desmontó en mayo de 1907, y los escudos y la inscripción que lo decoraban se recolocaron en la muralla, a la derecha según se entraba en la ciudad. El portal reformado se abrió al tránsito el 6 de julio de 1907; pero no duró mucho con su nuevo aspecto, ya que en 1921 fue derribado para dar lugar a la construcción del Segundo Ensanche. La Comisión de Monumentos recogió la lápida y los escudos y los guardó en su antigua sede de la Cámara de Comptos. Y unos años después, en 1929, el Ayuntamiento acordó reconstruirlo, pero no en su antiguo emplazamiento, sino en la calle del Bosquecillo, para que sirviera de entrada monumental a los jardines de la Taconera. Su frontis barroco fue construido el año 1665 por el cantero de Bera Juanes de Ezponda, según traza de los maestros Pedro Martón y Juan de Arteguieta. Pero antes que este hubo otro más sencillo, que databa de 1644.

El derribo de las murallas

El 25 de julio de 1915, festividad de Santiago, tuvo lugar el histórico acto, tanto tiempo esperado, del derribo de la primera piedra de las murallas. Como escenario de la ceremonia se eligió precisamente la punta o ángulo exterior del baluarte de la Reina, donde se colocó la carga explosiva, cuyo detonador, accionado desde la tribuna de autoridades, hizo saltar en mil pedazos la garita que allí existía. En el cercano puente del Portal de San Nicolás bailaron los gigantes, mientras una multitud presenciaba el acontecimiento en una auténtica explosión de júbilo popular. Sin embargo, las obras de demolición no se iniciarían hasta tres años después y no terminarían hasta 1921.

El flanco derecho del desaparecido baluarte vendría a coincidir hoy con el primer tramo de la actual calle Paulino Caballero, y por tanto con la trasera del solar resultante del derribo de los cines. En la esquina de dicha calle con la avenida de Roncesvalles, donde actualmente hay una joyería, la muralla doblaba en ángulo obtuso para formar la cara derecha del mismo baluarte, cuya punta se localizaría bajo la tercera manzana de la avenida de Carlos III, hacia el interior de la casa que lleva el número 11.

El Coliseo Olimpia

Uno de los primeros edificios que se levantaron en el Nuevo Ensanche, cuando apenas hacía un par de años del derribo de las murallas, fue el llamado Coliseo Olimpia, que se inauguró el 6 de julio de 1923. En su estreno actuó la compañía teatral Zuffoli-Peña, con una opereta titulada "La Noche Azul". Una entrada de butaca de sala valía 5 pesetas, precio bastante caro para entonces. Al principio funcionó más como teatro que como sala de cine, pero hasta 1928 no figuraron en el programa de fiestas las funciones que ofrecía. Ese año actuó la compañía de comedias Díaz-Artigas, mientras que en el Gayarre, entonces todavía en la plaza del Castillo, lo hizo la compañía titular del "Infanta Isabel" de Madrid. Memorable fue en 1930 la actuación de Josephine Baker, que supuso un auténtico escándalo para una parte importante de la población. En los Sanfermines de 1931, los primeros de la República, se anunció únicamente el "Teatro Olimpia", en el que ofreció sus funciones la compañía titular del Lara de Madrid; unos meses antes, el 23 de marzo, había empezado el derribo del antiguo Gayarre. En 1932, reconstruido éste en su actual emplazamiento, contó con la compañía titular del de la Comedia de Madrid, y el Olimpia con la de Valeriano León y Aurora Redondo. En 1934 el programa del Coliseo fue de lo más variado: se representó "El Divino Impaciente", de Pemán, y en variedades, hubo actuaciones de Pastora Imperio, Raquel Meller, Luisita Esteso y Amalia Isaura. En cuanto al cine, a lo largo de ese año se proyectaron películas como "Torero a la fuerza", "Vuelan mis canciones", o "Rasputín y la zarina".

El edificio fue construido conforme al proyecto del arquitecto José Yárnoz, en una variedad del estilo ecléctico que inspiró el diseño de muchos de los cines que por esos años se construyeron en España, casi todos ellos hoy desaparecidos. Javier Torrens, en su estudio sobre la arquitectura de los cines en Navarra, dice que el aforo del Olimpia era de 1.225 localidades: 532 en el patio de butacas, 148 en platea, 212 en palco –había 14, siete a cada lado, más otros 16, ocho a cada lado, en el primer piso- y 333 en graderío, el popular gallinero. "Los interiores –según este autor- eran de un esplendor poco habitual en Pamplona; solo el Kursaal de San Sebastián, diseñado tres años antes por Eusa y Ulargui, podía constituir una referencia próxima". Una guía de Pamplona, publicada por José Viñes en 1924, añade a este respecto: "El decorado es perfectamente adecuado, modernista y de gran efecto. Forman las altas paredes airosos paneles con medallones cóncavos... La profusión de luz es un acierto total. Los pisos tienen amplias salidas a la terraza y cuentan con esmeradas instalaciones higiénicas. La entrada a las localidades principales es por una gran puerta que se abre en chaflán frente a la calle de San Ignacio y el acceso a las butacas y palcos es por dos hermosas escaleras de mármol y por otra que conduce a las localidades altas".

Después de la guerra, el Olimpia perdió casi por completo su papel de Coliseo –aunque mantuvo esa denominación-, para pasar a ser una más de las seis salas de cine que había entonces. No obstante, sobre todo por San Fermín, se siguieron representando, espectáculos de 'varietés', a base de opereta, comedia musical, y números de revista más o menos atrevidos, tratando de burlar la censura y las consiguientes multas. La rígida moral que imperaba la época rechazaba tales exhibiciones sicalípticas, hasta el punto de que la autoridad eclesiástica llegó dictar penas canónicas contra quienes asistiesen a ellas. Pero, aparte de eso, por la pantalla de aquel salón pasaron a lo largo de los años 40 y 50, a menudo con cortes y precedidas siempre por el obligatorio Nodo, las películas más taquilleras de la época dorada de Hollywood. Con ellas alternaban en la cartelera las modestas producciones del cine español, que sobre todo en cuanto a folklore de guitarra y pandereta y episodios gloriosos de la historia patria, trataba de rivalizar con las superproducciones americanas. En butaca de sala, bombones para las señoritas elegantes y en el gallinero bolsas de chufas para los estudiantes, currelas y chortas. Y cómo no, celosos acomodadores que enfocaban la linterna a las parejas al menor asomo de efusividad. Hasta que en la tarde del 3 de marzo de 1963, las luces del ya anticuado coliseo se apagaron para no volver a encenderse más.

Un grupo de niños posa delante del baluarte de la Reina antes de su derribo en el año 1915. ARCHIVO MUNICIPAL DE PAMPLONA

El Coliseo Olimpia, en funcionamiento desde 1923 hasta 1963. ARCHIVO J.J. ARAZURI

El edificio de los cines Carlos III, el último día con función, en marzo de 2019. J.J. MARTINENA

Del cine Carlos III a los multicines

Inmediatamente se llevó a cabo su derribo y poco después dieron comienzo las obras para la construcción de un nuevo edificio en el solar resultante, según proyecto de José Yárnoz Larrosa –el mismo arquitecto que diseñó el Olimpia- y José Mª Yárnoz Orcoyen. En poco más de año y medio estaba terminado el moderno bloque de siete plantas, destinadas a oficinas y viviendas, que en aquel momento trazó una nueva perspectiva urbana en uno de los lugares más céntricos del Segundo Ensanche. Toda la planta baja y buena parte de su interior la ocupaba el cine Carlos III, cuya gran sala de proyección, con un aforo de 1.316 localidades -884 butaca de sala y 429 de anfiteatro- se inauguró el 27 de noviembre de 1964. Funcionó durante más de treinta años, hasta que los cines empezaron a acusar una crisis que en poco tiempo supuso el cierre de muchos de ellos. En vista de lo cual, la empresa SAIDE decidió en el año 2000 reconvertirlo en unos multicines, que como otros de la ciudad, se mantuvieron unos años más, hasta que en marzo de 2016 acabaron también cerrando sus puertas. Finalmente, en la primavera del año pasado, las máquinas derribaron en pocos días el edificio, que desde hacía 52 años formaba parte del paisaje urbano de nuestra ciudad.

El solar que dejó libre se encuentra actualmente en obras, y en cosa de año y medio se levantará en él un nuevo bloque, de planta baja y cinco alturas más ático, que como ocurrió en 1964 con el cine Carlos III y en 1923 con el antiguo Olimpia, trazará una imagen distinta y renovada en uno de los lugares más céntricos de Pamplona y uno de los primeros que se edificaron en los inicios del Segundo Ensanche.